

## las iglesias católicas y el poder militar en america latina\*

### En vísperas de un nuevo Medellín

El Vaticano ha anunciado, a finales de diciembre de 1976, la convocación de una tercera asamblea general del episcopado latinoamericano para 1978, con ocasión del décimo aniversario de la reunión de Medellín, inaugurada por el Papa Pablo VI en su viaje a Colombia.

Esta decisión es de una importancia considerable, en el momento en que tienen lugar enfrentamientos entre la Iglesia católica y el Estado en la mayor parte del subcontinente, y particularmente en el cono sur. Puede provocar grandes tensiones. Pero también manifiesta la preocupación del jefe espiritual del catolicismo por expresar su solidaridad con las nuevas "iglesias sufrientes" del otro lado del Atlántico.

Tres acontecimientos simbolizarán quizás el año 1976 en las crónicas de América Latina: el golpe de estado militar del 24 de marzo en Argentina, —que logró, no sabemos por cuanto tiempo, poner bajo la bota el sur del subcontinente—; la institucionalización de la revolución cubana, realizada el 2 de diciembre, epílogo de una aventura política de más de veinte años de antigüedad y cuya inmensa resonancia aún perdura; y el arresto en Riobamba, el 12 de agosto, de un grupo de obispos llegados de todo el continente para participar, en Ecuador, en una

reunión pastoral denunciada enseguida como "subversiva" por las autoridades de Quito.

El episodio de Riobamba es importante desde varios puntos de vista. En primer lugar ha puesto cara a cara a los esbirros de un régimen militar —considerado a pesar de todo, como uno de los más moderados de la región— y a los representantes de la Iglesia. Ejército contra catolicismo: este es el choque de dos extensas fuerzas —las únicas quizás en este punto— en todo el subcontinente, y de las cuales depende mucho su porvenir. Cuestionando a los prelados venidos de siete países latinoamericanos, el caso de Riobamba descubría, de una forma extremadamente cruda, el carácter continental de la represión al mismo tiempo que recordaba que las soluciones a la actual situación de opresión debían comenzar a ser concebidas al mismo nivel transnacional.

En segundo lugar, la represión apuntaba, en esta oportunidad, no ya a los cristianos de la base, o a los sacerdotes, sino a los obispos: ésta atacaba pues la estructura misma de la institución. En fin, las autoridades ecuatorianas han embarcado —la palabra no es excesiva— en la misma nave a prelados latinoamericanos y... a cuatro obispos venidos de los Estados Unidos.

\* Traducción de: "Les églises catholiques et le Pouvoir Militaire en Amérique Latine", *Le Monde Diplomatique*, No. 275, février 1977, pp. 12-13.

El incidente de Riobamba, aunque altamente simbólico, no es sin embargo el más doloroso que haya tenido que sufrir la Iglesia latinoamericana en 1976. Esta vez no ha habido muertos, y los prelados no han permanecido detenidos más que unas horas. En cambio, una docena de eclesiásticos han pagado con su vida, estos últimos meses, en Argentina y en Brasil, su compromiso "al servicio del mundo". Entre ellos es necesario contar, muy probablemente, a un obispo argentino, Monseñor Angelelli; de la Rioja, fallecido en un accidente de carro extremadamente sospechoso. Los clérigos prisioneros o raptados se cuentan por docenas, especialmente en Argentina. Un obispo brasileño, Monseñor Adriano Hipólito, fue capturado, en el verano último, por un comando que apelaba a una "alianza anticomunista"; fue encontrado poco después desnudo y con el cuerpo cubierto de mercurocromo. Intimidar a los eclesiásticos, atentar a su prestigio: tales son los métodos hoy utilizados para intentar amordazar, en el seno de la Iglesia, las oposiciones a los proyectos totalitarios de ciertos Estados.

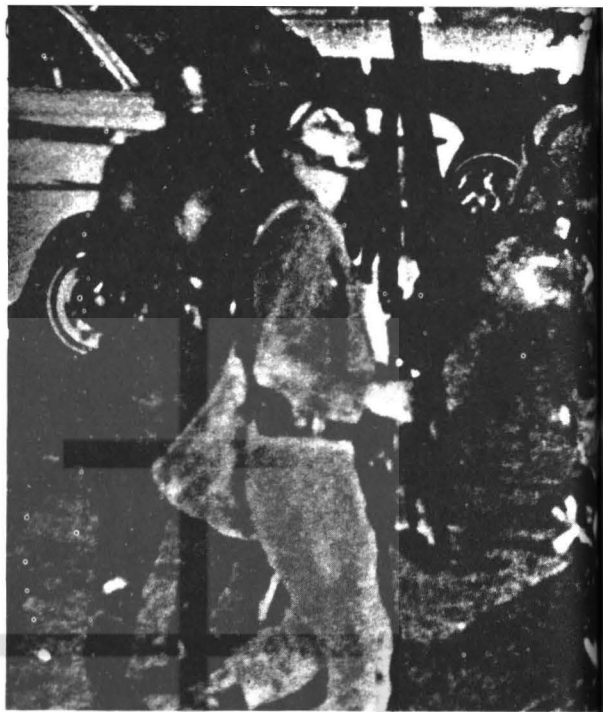
¿A qué se debe que en muchos países situados al sur del Río Grande, una institución, que desde la época de la conquista, había sido, por lo menos, la garantía espiritual de todos los poderes establecidos, haya podido distanciarse de los poderosos?

### Una gran esperanza

Todo comienza en la segunda asamblea general del episcopado latinoamericano en Medellín (Colombia) en 1968. Esta reunión había sido convocada para adaptar a la situación del "más grande continente católico" del planeta las recomendaciones del Concilio Vaticano II. Su inauguración por el Papa Pablo VI debió dar un lustre particular al acontecimiento.

El concilio, indiscutiblemente, había sorprendido a las Iglesias del subcontinente, anquilosadas en la pompa y el dogma, paralizadas por la devoción beata de sus fieles, estancada, para la mayor parte, en un decimonónico siglo somnoliento. En él habían participado poco los prelados latinoamericanos. Sólo un pequeño grupo de obispos del nordeste del Brasil, conducidos por su cohermano de Recife, Dom Helder Camara, se habían esforzado para hacer entender, en la ciudad papal, las preocupaciones de los católicos de los países subdesarrollados. Pero entre el comienzo del Vaticano II en 1962 y Medellín, había corrido mucha agua en América Latina.

Los éxitos de la revolución cubana había desencadenado, en muchos países, una gran esperanza. Focos de guerrilla se habían impiantado aquí y allá



-en Venezuela, en Perú, en Bolivia. . . Después de decenios de inmovilidad, una dinámica social se ponía en marcha. América Latina, se decía, es un "barril de pólvora". ¿En beneficio de quién saltaría?. Es necesario, decía Ernesto Guevara "crear un Vietnam, dos Vietnam, diez Vietnam" al sur del Río Grande. América Latina comenzó a tomar conciencia de que se había convertido de "continente nuevo" en una parte del tercer mundo. Al mismo tiempo, los medios conservadores masticaban su temor. Ya maduraban los planes de represión e incluso de reconquista total. ¿Pero quién pensaba en esto en la euforia de esos años?

Las Iglesias del subcontinente estaban sumergidas en una verdadera "vorágine". Debían realizar su propio **aggiornamento** interior, "recuperar en algunos meses lo que las iglesias europeas habían hecho en ochenta años". Al mismo tiempo necesitaban definir una nueva relación con un siglo que se desbocaba.

En el plan político, las iglesias creyeron sin duda ver "el dedo de Dios en la historia", con la victoria en 1964 del demócrata cristiano chileno Eduardo Frei; "Revolución en libertad". Numerosos clérigos que habían regresado del Vaticano II convencidos que la Iglesia debía desde ahora predicar "el evangelio de los pobres", pero que no temían menos "el marxismo ateo" vieron en el slogan de la democracia cristiana chilena la nueva "esperanza continental". Sin embargo, muy pronto debieron cambiar de opinión. En primer lugar constataron que en Chile no se puede hablar de "revolución" sin desencadenar esperanzas incontrolables. Por otra

parte, la democracia cristiana no tenía apenas oportunidad, sino que simplemente existía, en otras partes del hemisferio — a excepción de Venezuela y en algunos países de América Central y el Caribe. En fin, se comienza a tomar conciencia que el golpe de Estado militar de 1964 en Brasil era algo más que un pronunciamiento más.

En el plano religioso, la mayoría de las Iglesias se preguntan lealmente, hacia la mitad de los años sesenta, sobre las consecuencias a sacar del Vaticano II. Un “movimiento de retorno a la pobreza” se desencadena por todas partes: algunos obispos abandonan sus palacios; algunas iglesias distribuyen sus tierras; algunos religiosos abandonan los colegios encopetados donde enseñaban para ir a evangelizar a los campos o trabajar en las barriadas. En 1966 quince obispos, la mayoría trabajando en el Nordeste del Brasil publican un “mensaje” mostrando claramente que, cada vez más, para algunos prelados latinoamericanos “**estar al servicio del mundo es asumir la causa del desarrollo del tercer mundo**”. En una carta de 1966 a los provinciales de América Latina, el Padre Arrupe, general de los jesuitas, declara que “**el problema social es la prioridad de nuestra estrategia apostólica**”. En 1966 también un cura originario de una excelente familia colombiana, Camilo Torres, muere con las armas en la mano en un enfrentamiento con las fuerzas del orden de su país. La encíclica *Populorum Progressio*, publicada al año siguiente, está especialmente destinada a América Latina “**la parte católica del mundo subdesarrollado**”.

En este contexto se celebra, en agosto de 1968, la asamblea de Medellín. Una minoría de prelados convencidos de que la Iglesia debe en adelante ser “**servidora y pobre**” dan el tono de la reunión. Es un trueno. Los documentos sometidos a la apreciación de los obispos describen un continente oprimido, colonizado, víctima de una “**violencia institucionalizada**”, cuyo origen hay que buscarlo tanto en el interior de las sociedades como en el exterior de ellas mismas —dicho de otro modo en el norte del Río Grande, en el “protector” americano. De cara a esta situación, la nueva misión de la Iglesia es “**liberar a los pobres**”. Para una mayoría de los presentes, el choque es rudo. Pero el entusiasmo postconciliar juega su papel, y estos documentos son aprobados, a pesar de las reticencias solamente del episcopado colombiano.

Las iglesias del subcontinente van en adelante a vivir en la hora de Medellín, convertido en “**el punto culminante, la referencia obligatoria, la Gran Carta**”. ¿Dónde está el sonido de trompeta del ángel del Apocalipsis? Pues del lado de los civiles, fuerzas de signos contrarios se amontonan, portadoras de violentas tormentas. En 1970, el sur del subcon-

tinente parece abierto a las fuerzas progresistas y revolucionarias. Salvador Allende las lleva a Chile por las urnas, y el general Torres a Bolivia, por las armas. (Los militares)\* peruanos, en el poder desde 1968, comienzan a hacer tambalear a la oligarquía de su país y lanzan la reforma agraria. En Uruguay, el Frente ampliado parece capaz de ganar las elecciones de 1971, y los Tupamaros parecen dueños de la situación. En Argentina, la reacción popular contra los militares conservadores en el poder desde 1966 es tal que estos comienzan a considerar la vuelta de Juan Perón.

Pero en agosto de 1971 comienza el reflujo de la ola: el general Banzar lo logra en Bolivia. En 1973 el movimiento popular es controlado en Uruguay por un puñado de generales “gorilas”. A su vez la “primavera argentina” —las esperanzas progresistas de los Montoneros que han hecho elegir a Héctor Campora para lograr así el retorno de Juan Perón— se vuelve oscura algunas semanas más tarde. El 11 de septiembre de 1973, el general Pinochet hace bombardear el palacio de La Moneda, y la muerte de Allende señala el fin de la Unidad Popular y del Chile democrático. En fin, en 1976, el general Videla toma el poder en Buenos Aires, y los oficiales peruanos parecen resignarse a seguir los consejos de “**sana gestión**” del Fondo monetario internacional. En cuanto a los militares brasileños continúan, desde hace casi trece años, con suerte variable, una “**revolución**” que favorece exclusivamente a la min(oría)

Las Iglesias que en Medellín parecían haberse incorporado a su siglo, se “**tambalean**” en estas tempestades, como cáscaras de nuez. Para ellas el período 1962-1968 había sido el tiempo de euforia. El fin del decenio y el comienzo del siguiente son: “**años terribles**”. Muchos sacerdotes, demasiado brutalmente atrapados por la historia, piden su reducción al estado laical. “**Ha habido más sacerdotes que se han casado en América Latina en estos años que en cualquier otra parte**”. Los que se van son, naturalmente, los más activos. La crisis de vocaciones es profunda. Centenares de seminarios cierran sus puertas.

Para una minoría de sacerdotes y laicos muy comprometidos, el **aggiornamento** de Medellín es irrisoriamente insuficiente —en la mayor parte de los países, se reagrupan para agujinear mejor a su jerarquía— para desafiarla a veces— En Chile, ochenta eclesiásticos firman, en abril de 1971 el manifiesto

\* Nota del traductor: por un error de imprenta en el original francés, hemos tenido que completar o añadir las palabras que en éste y en el siguiente párrafo aparecen entre ( )



de “cristianos por el socialismo”. En Argentina, poco antes, había nacido el movimiento de “sacerdotes para el tercer mundo”. Una misma inspiración había reunido en Colombia a “los sacerdotes para América latina”; en Ecuador los “cristianos para la liberación”; en Méjico los “cristianos solidarios”; en Perú el grupo ONIS (Oficina Nacional de Información Social).

### Retomando el control

Para un buen número de eclesiásticos, en cambio, Medellín es en el mejor caso un punto de llegada y en el peor un breve momento de locura. En adelante lo importante será limitar los efectos, incluso aunque no se ose de momento poner en duda lo decidido. El reflujo de la ola en el plano político tendrá su réplica en la Iglesia. Desde 1972, el CELAM (Conferencia de los obispos latinoamericanos), que había sido la “oficina” de la asamblea de Medellín, cae en manos con ocasión de una reunión en Sucre (Bolivia) de elementos mucho más moderados. El actual secretario general del CELAM, Mons. López Trujillo, proviene de la Iglesia más conservadora del continente: la de Colombia. Cuenta con el apoyo discreto de la comisión pontificia para América Latina, en el Vaticano. Uno de sus consejeros más escuchados es un jesuita belga, el Padre Veckemans, que ha trabajado antes para Eduardo Frei. Goza, al lado de los conservadores católicos del continente de la misma aureola que el Padre Comblin, otro jesuita belga, en los medios progresistas y pastorales.

Por falta de experiencia, o por ligereza, los padres reunidos en Medellín, se habían olvidado plantear abiertamente una cuestión fundamental: ¿cuá-

les son las condiciones políticas que pueden favorecer o simplemente hacer posible la predicación del “evangelio de los pobres”? El Vaticano II tampoco había suscitado el problema. Para los representantes de los países desarrollados, que habían dado el tono al Concilio, la cuestión no se planteaba: en la vieja Europa, la democracia —liberal o coloreada de “social”— es considerada como un hecho adquirido, dentro de los límites de la cual deben inscribirse los esfuerzos del progreso social. Los prelados latinoamericanos —secularmente formados para considerar su continente como una simple prolongación cultural de Europa— habían implícitamente admitido, en 1968, que lo que era bueno en el otro lado del Atlántico valía también para ellos. Fue por tanto un duro golpe la derrota en 1970 de la experiencia continental que mejor encajaba en este esquema: la de la democracia cristiana chilena, aun cuando al mismo tiempo la democracia cristiana venezolana lograra la elección del presidente Caldera.

Frente a la subida de las fuerzas progresistas, las diferentes Iglesias no tuvieron inmediatamente la misma reacción. Las más conservadoras se opusieron pronto. Las más abiertas observaron primero —con un escepticismo cada vez más mezclado de temor— antes de lanzar un grito de alarma, y finalmente pasarse al campo contrario. La experiencia de Chile es, desde este punto de vista, típica. El cardenal de Santiago, Mons. Silva Henríquez, estaba, simbólicamente presente en la tribuna oficial al lado del presidente Allende el primero de Mayo de 1971 y 1972, pero estaba ostensiblemente ausente el día de la fiesta del trabajo de 1973. La primera reacción de la jerarquía después del golpe de Estado del 11 de septiembre fue legitimar no ciertamente los excesos del general Pinochet, pero en todo caso, el derribo de la Unidad popular. Comportamiento vacilante típico, diría un marxista, de las clases medias de las cuales provienen la mayoría de los obispos.

Sería necesario, sin duda, poner aparte a la Iglesia del Perú. En efecto, no solamente no se ha opuesto a la corriente de reforma, sino que la ha apoyado (incluso la ha inspirado discretamente). Se ha podido decir que el régimen del general Velasco Alvarado era único en su especie, a la vez revolucionario y cristiano. La Iglesia, en este país, se encontraba en una situación bastante inesperada: los generales de Lima eran los únicos progresistas del continente que no corrían demasiado peligro de ser desbordados por la tormenta que desencadenaban. Disponiendo de la fuerza, eran a la vez el motor y el freno —semejantes, de alguna manera, a ese tipo de gobernantes “preclaros” que a lo largo de la historia a los príncipes de la jerarquía católica les ha gustado apoyar. . . y a veces guiar. Desde que el gobierno de Perú se orienta hacia la derecha, la Iglesia de ese país

se ha vuelto casi muda.

¿Dónde están hoy las diferentes Iglesias nacionales, después de la derrota y el aplastamiento de los movimientos populares y revolucionarios en toda la parte meridional de América del Sur, y en la hora de los regímenes militares triunfantes?

Aun a riesgo de generalizar, se puede decir que están en retirada respecto al “espíritu de Medellín” en todos los países comprendidos entre el Río Grande y el cono sur. Por el contrario, en los países que gimen bajo los regímenes militares de inspiración totalitaria, se han convertido al mismo tiempo en más conscientes de sí mismas, más activas —más inspiradas por el “espíritu evangélico”— y con el deseo de contribuir a “liberar a los pobres”.

La palma del conservatismo vuelve a la Iglesia de Colombia. En la hora en que sus homólogas del sur del continente son perseguidas por los regímenes conservadores, la conferencia episcopal de este país, ha juzgado oportuno, en noviembre de 1976, emitir una condenación de “algunos grupos de católicos” que tienden a “alinearse bajo las ideas marxistas”. Se puede dar inmediatamente una explicación: la jerarquía episcopal de este país es la única del continente que ha conservado sus grandes posesiones. Además, se recluta ampliamente todavía entre las más grandes familias del país.

Los episcopados mejicano, venezolano, ecuatoriano, los de América Central, son igualmente conservadores, con notables excepciones, como Méndez Arceo, obispo de Cuernavaca (México), o Mons. Leonidas Proaño de Riobamba, organizador de la reunión interrumpida en el mes de agosto último en Ecuador. Las jerarquías católicas de estos países son menos conscientes de su unidad que su homóloga colombiana, y —en parte por esto— están casi ausentes del gran debate eclesial que agita hoy a América Latina.

Muy conservadora es igualmente, al sur del continente, la Iglesia de Argentina. Solamente tres o cuatro obispos de este país —sobre setenta— permanecen profundamente fieles al “espíritu de Medellín” (entre ellos figuraba Mons. Angelelli, trágicamente fallecido en el último verano). Muchos han aplaudido la llegada de los militares el 24 de marzo de 1976. Los excesos anticlericales del peronismo, al comienzo de los años 50, explican ampliamente esta orientación conservadora. Pero las pruebas por las que ha pasado en estos últimos tiempos la Argentina y su clero hacen evolucionar muy rápidamente la situación. La jerarquía en particular se ha visto obligada a preocuparse de la seguridad de sus sacerdotes sin llegar sin embargo, en su última conferencia en

noviembre, a una posición común contra la violación de los derechos humanos en el país.

Salvo esta notable excepción, la mayoría de las asambleas episcopales de los países situados en el sur del subcontinente, están integradas por prelados de espíritu progresista.

Es importante, sin embargo, cuidarse de simplificaciones abusivas. El Padre Charles Antoine estima que se puede clasificar así a los obispos latinoamericanos: los que espontáneamente son “sensibles a la justicia social”; una “maraña” que se subdivide en dos “sensibilidades”: “los pastorales”. —que, en caso de conflicto con los poderes públicos, y sólo en este caso están dispuestos a practicar la “apertura”, en nombre de valores evangélicos, y los “jurídicos”, que cuando se perfila un enfrentamiento serio con los gobiernos, ceden a todo golpe, por temor a debilitar el régimen y reforzar, así, el “marxismo ateo”; en fin, existe un ala de extrema derecha, que no vacila jamás en su apoyo a los dictadores. Juntando sus voces, los obispos “sociales” y “pastorales” disponen de la mayoría en las conferencias episcopales de todos los países con régimen militar del sur de América Latina, —excepto, como hemos visto—, en Argentina.

Para hacernos una idea, digamos que la corriente social representaría actualmente el 30 o/o del episcopado brasileño, los pastorales el 25 o/o, y la extrema derecha el 15 o/o. En Chile, sobre 24 obispos, cinco o seis pueden ser claramente clasificados en la corriente “social”, y poco más o menos otros tantos entre los incondicionales del general Pinochet. Los otros se alinean frecuentemente bajo el arzobispo de Santiago, el cardenal Silvia Henríquez a quien su espíritu “pastoral” le lleva cada día más a defender los valores evangélicos contra los poderosos del momento.

Las asambleas episcopales de estos países del sur del subcontinente están, en su conjunto, tanto más unidas en favor de la “liberación de los pobres”, cuanto más antiguo es en ellas la instauración de un régimen opresivo.

La Iglesia del Paraguay que desde hace veintidos años vive bajo la férula del general Stroessner, es globalmente hostil a la dictadura, y en su mayoría, impregnada de espíritu social. El 12 de junio último, reunidos en Asunción, los once obispos han denunciado las persecuciones padecidas por la Iglesia de este país. La oposición entre la jerarquía católica y el Estado ha ido creciendo desde diciembre de 1974, fecha en la cual las fuerzas del gobierno han atacado a las comunidades campesinas de inspiración cristiana y después arrestado a varios sacerdo-

tes, especialmente a los jesuitas. Ocho de ellos han sido expulsados y tres al menos permanecen detenidos.

No por el hecho de estar menos unido, el episcopado brasileño deja de manifestar una firmeza impresionante, después de más de doce años de régimen militar, contra esta opresión de los más pobres, sobre los que el actual régimen ha fundado su prosperidad. En el documento sin duda más firme jamás escrito por la jerarquía católica de un país latinoamericano, la conferencia de los obispos ha denunciado con vigor en el último noviembre "el clima de violencia y arbitrariedad" que reina en el país, especialmente contra los "indefensos". Algunas semanas más tarde se levantaba contra "un sistema donde el dinero compra la justicia y las conciencias". La jerarquía católica ha defendido con una firmeza creciente, estos últimos meses, a los campesinos de Amazonia desposeídos de su parcela y a los Indios de esta misma región, amenazados de exterminio por las grandes compañías que han comenzado a explotar, a marchas forzadas, la gran selva. El clero de este país, en menor grado que en Argentina, ha pagado, en 1976 un pesado tributo a la represión: dos muertos y ¿cuántos prisioneros y torturados? Los observadores notan que una parte de la Iglesia brasileña está animada del "espíritu de martirio". "La Iglesia del Brasil vive hoy un momento de prueba de la cual saldrá purificada y más fuerte" declara un reciente documento de la CNBB (Conferencia Nacional de Obispos Brasileños).

La Iglesia boliviana, que ha tenido, también, una cierta experiencia de la represión, ha tomado igualmente posiciones arriesgadas muchas veces. El episcopado ha denunciado la masacre, acaecida en enero de 1974, de campesinos del alto valle de Cochabamba. La Iglesia ha aportado su apoyo a los trabajadores de las minas de estaño en huelga, lo que le ha valido la hostilidad del régimen del general Banzer, quien ha hecho cerrar, en particular, una estación de radio de la Iglesia.

Esta Iglesia ha tenido el dudoso privilegio de haber sido el blanco del primer "plan de lucha" jamás conocido —tal vez jamás elaborado— contra una jerarquía católica latinoamericana. Este documento de quince puntos, elaborado por el servicio de inteligencia del ejército (Cfr. *Le Monde diplomatique*, agosto 1975), recomienda especialmente atacar no a la Iglesia en su conjunto, sino a su sector más avanzado; apuntar sobre todo a los extranjeros —que, en Bolivia como en la mayor parte de los otros países de América Latina, representan más de la mitad del clero; colaborar, en esta cuestión, con la CIA y constituir un fichero de los eclesiásticos. Ciertas disposiciones de este plan han sido ya aplicadas en Bolivia

y en otros países de la región. . .

### Escalada en Chile

La situación de la Iglesia chilena es más conocida; sobre todo desde 1970, sus hechos y gestas han sido relatadas regularmente, y a menudo con minuciosidad, en la prensa europea. De hecho, ha acompañado al más amplio movimiento de transformación política de toda la América Latina, desde el gobierno conservador de Alessandri hasta la dictadura del general Pinochet, pasando por la experiencia democrata de Frei y la Unidad popular de Salvador Allende.

En su actitud, un elemento, sobre todo, llama la atención: sus oscilaciones, según el momento, en contraste sorprendente con la afirmación repetida de su apoyo a algunos principios intangibles. Oscilaciones siempre concomitantes con las de la democracia cristiana, y más generalmente, con las de las clases medias chilenas. Los progresistas del mundo entero estaban aun desconcertados del apoyo que la jerarquía eclesiástica había dado al sangriento golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, cuando ésta estaba condenando ya sus excesos, y creaba el Comité de cooperación para la paz —convertido en un modelo para todo el sur del continente— con el fin de sanar las heridas abiertas. Desde abril de 1974, denuncia los atentados contra los derechos humanos perpetrados por el nuevo régimen. Pero en el otoño de 1975, en un documento intitulado "Evangelio y Paz" legitima el golpe, estimando que la intervención de las fuerzas armadas había evitado la instalación de una dictadura marxista en Chile. Silenciosa en el momento de la reunión de la Organización de los Estados Americanos (O.E.A.) en junio último en Santiago, reaccionó vivamente, en agosto, ante los incidentes que marcaron en el aeropuerto de la capital, el regreso de tres obispos presentes en la reunión de Riobamba.

Por táctica, sin duda, la jerarquía trata con miramiento todavía a la persona del general Pinochet —a la inversa de la Unidad popular que concentra sobre él todos los ataques. El jefe del Estado es despedido, en agosto último, por Monseñor González, uno de los obispos más "avanzados" del país, como "un hombre honesto, serio, que se esfuerza por hacer el bien". Pero el grave incidente del aeropuerto de Santiago ha comprometido a la Iglesia chilena en una oposición, aparentemente definitiva, al sistema dictatorial. La excomunión de los agentes de la policía secreta que habían organizado la manifestación de hostilidad a los prelados, señala, en todo caso, una seria escalada en el conflicto.

Finalmente, debe hacerse mención especial de

la Iglesia del Uruguay. Este país es uno de los únicos del subcontinente donde existe una cierta tradición oficial de anticlericalismo. Es decir que su episcopado no dispone de los medios de acción de que usan fácilmente sus homólogos de los Estados vecinos para tratar de corregir ciertas actitudes intolerables del poder que pretende “doblegar al príncipe cristiano”. La Iglesia de esta pequeña “República oriental” es, más que nunca, el objeto de los alardes del actual régimen autoritario. Así, un documento pastoral, firmado en noviembre de 1975 por los doce obispos uruguayos, ha sido censurado por los poderes públicos. Al Prelado de Salto, un francés, Mons. Mendiharat, se le ha prohibido el regreso a su diócesis, desde hace tres años instalado inicialmente en Argentina, ha tenido que refugiarse en Europa hace unos meses.

Por todas partes, en el sur del subcontinente, las Iglesias se encuentran hoy en estado de “resistencia espiritual a un tipo de régimen opuesto a los valores cristianos”, según las palabras del P. Antoine. “Lo que disgusta a los gobiernos, añade, es que no se destruye una convicción como esta. Pues, a diferencia de la guerrilla, por ejemplo, no tiene necesidad de medios para vivir, e incluso para prosperar”.

Los gobiernos militares han intentado detener este peligro de dos maneras. En primer lugar esforzándose en aislar la pequeña franja de los católicos más resueltamente progresistas del resto de la Iglesia y desacreditarles ante el resto de la comunidad cristiana, acusándoles de ser “marxistas infiltrados”. En un primer momento esta táctica ha podido dar algunos resultados: algunos obispos han denunciado, a veces, a algunos de sus sacerdotes ante las autoridades. Pero en la decisión de atacar psíquicamente a algunos de los miembros del clero, los gobiernos han obtenido el efecto contrario al que buscaban. Así el asunto de Riobamba ha provocado una protesta del conservadorísimo CELAM. Mons. López Trujillo incluso ha evocado, en esta oportunidad, los riesgos del “entierro de la democracia” que implican tales conductas.

En segundo lugar, los nuevos dueños engalonados de América Latina han buscado generalmente poner a Dios de su lado. Se trataba en su intención de crear “un Estado cristiano”, sobre los escombros de la sociedad anterior. Así el general Pinochet ha declarado: “El gobierno de Chile respeta la concepción cristiana del hombre y de la sociedad”. Esto no era quizás más que un intento para aliarse —o por lo menos no alienarse— a poblaciones tradicionalmente católicas en su mayoría. Estas proclamas sin embargo han dado pie para una especie de “derecho de

supervisión” de las Iglesias en los asuntos del Estado. Los teóricos más extremistas de estos nuevos regímenes han descubierto enseguida el peligro. Por ejemplo hoy denuncian, en Chile, el nuevo “clericalismo” de la jerarquía católica. . .

Pero los gobiernos militares han ido aún más lejos. Colocan a Dios en las raíces mismas de su régimen. En la base de la doctrina de la “seguridad nacional”, por la que justifican su intervención en el primer plano de la escena política, está una concepción maniquea del mundo: la lucha del “occidente democrático y cristiano” contra el “marxismo materialista y ateo”, se ha iniciado. Con el fin de preparar mejor a su patria para este combate titánico —esta “tercera guerra mundial”— las fuerzas armadas han descartado del poder a los “civiles incapaces y corruptos”. Este fin superior es precisamente el que justifica los medios: control de los partidos, sindicatos, y asociaciones, arrestos y torturas, etc.

Es natural, pues, que estos cruzados del “occidente cristiano” busquen, por todos los medios —incluida la intimidación— incorporar al clero en sus filas. En busca de una legitimidad, ellos desearían darse la de la iglesia católica —históricamente capital en América Latina—. Tal vez han leído a Maurras, según el cual “el catolicismo es potencialmente un sistema social perfecto”. Con su concepción jerárquica, su doctrina bien determinadas, su visión redentora del trabajo, es casi directamente aplicable al plano político. . . a condición de vaciarle de su profetismo judeo-cristiano: cumplir la ley, evitando a los profetas. Pero, para un número cada día mayor de católicos de esta parte del tercer mundo, ¿no tienen los profetas acaso más importancia que la ley?



## ¿Un cisma integrista?

A falta de poder para aliarse a la Iglesia en bloque, algunos gobiernos latinoamericanos no tendrían escrúpulo en apoyar las veleidades cismáticas existentes en los sectores integristas bien representados y activos en el subcontinente. En Chile, una obra reciente, **"La Iglesia del silencio en Chile"**, que denunciaba la **"marxistización"** de la actual jerarquía episcopal, ha sido bien acogida en los allegados a la junta. En Argentina, José López Rega, eminencia gris de la señora Perón, pareció querer fomentar una **"Iglesia católica americana"**.

Aún están presentes las declaraciones de Mons. Lefèvre, según las cuales, los regímenes actuales de estos dos países, representaban para él un ideal. Los obispos del sur de América Latina han sido los primeros en expresar su apoyo a Pablo VI con ocasión del "caso Lefèvre", como si hubieran querido sin retraso, cortar por lo sano ciertas esperanzas. . . Un laico chileno, muy cercano al episcopado de su país, nos ha declarado: **"La mansedumbre del Papa con respecto al antiguo obispo de Tulle se explica quizás por el deseo de no hacer un "mártir", de no dar un heraldo al integrismo latinoamericano, que no espera más que esto. No se puede olvidar que la tercera parte de los católicos del planeta están acá. Lo que aquí sucede es capital para la Iglesia"**. ¿Llegaremos a ver al Brasil "el país católico más grande del planeta", con sus 110 millones de habitantes, proporcionando el primer "Papa del tercer mundo"?

Las Iglesias del cono sur, se preocupan, en todo caso, de fundamentar doctrinalmente su oposición a los regímenes militares. Como potencias espirituales, están forjando armas adaptadas a sus valores profundos. Son los hombres de Iglesia —en particular el padre Joseph Comblin— los que primero han "aislado" —como se dice de un virus— el fundamento ideológico de los nuevos totalitarismos latinoamericanos: la **"seguridad nacional"**. Y en todos los países hoy bajo el yugo de las armas, los teólogos se dedican a actualizar la respuesta eclesial a este concepto. En torno a la noción tomista de **"bien común"** se va articulando su respuesta. Algunos elementos ya han sido dados en algunos documentos producidos por las iglesias brasileña y chilena: los derechos del Estado sobre la persona —**"instrumento supremo"** de la seguridad nacional para los militares— no podrán ser superiores que los que posee sobre ella su creador: el hombre es un fin, no un medio; la igualdad de todos los hombres ante Dios, esencial en la doctrina cristiana, no podría acomodarse a un elitismo, según el cual sólo un pequeño grupo de hombres —los militares— serían capaces de conducir los destinos de todos los otros; la concepción belicista de los actuales poderosos de América

Latina, según la cual no hay tregua en la lucha contra el enemigo marxista (en el plano mundial, pero sobre todo en el interior), no es compatible con el mensaje de amor de Cristo; los progresos económicos deben servir en primer lugar al **"desarrollo integral"** de la persona, y no al poderío del Estado. Frente a la nación en pie de guerra constante, es necesario rehabilitar los derechos del **"pueblo de Dios"**. . . Estos llamados, aunque simples, podrían revelarse como eficaces ante ciertos militares a quienes su pasión anticomunista les llevó inicialmente a subestimar los atropellos económicos y sociales de un orden brutalmente impuesto.

**"Tratemos de no exagerar las posibilidades políticas de la Iglesia"** nos declara sin embargo el Padre Antoine. **"Simbólicamente, son capitales. Políticamente, el papel de la Iglesia seguirá siendo equívoco. Yo calificaría su papel en este momento como el de "tribuno". En el silencio al que han sido reducidos todos los vehículos normales de expresión social, las Iglesias se convierten de facto en un sustituto político, la voz de los que no tienen voz. Pero la conquista del poder no será realizada por ella"**.

Tal vez, después de haber sido tentadas de redimirse de sus antiguos compromisos con el orden establecido mediante un activismo de signo contrario, las Iglesias del subcontinente parecen hoy no empeñarse en una intervención en la escena política en cuanto Iglesias. **"La Iglesia no es la dueña de la historia. Busca interpretarla, leer los signos de los tiempos. El Señor de la historia es Dios"**. Esta actitud podría significar el toque final para las democracias cristianas.

¿Esto quiere decir que los cristianos no tendrían nada que decir en política? Los observadores de la realidad latinoamericana perciben, por el contrario, que su papel será capital en los decenios que vienen. Quizás consistirá en hacer coexistir en el debate político dos virtudes difícilmente conciliables: el sentido agudo de la justicia —condición del progreso— y la inclinación inmoderada a la tolerancia—condición de la libertad. Entre sangre y lágrimas se elaboran hoy las soluciones de mañana para América Latina.